

LOS QUE ENCONTRÉ EN EL CAMINO

Por CAMILO GEIS, pbro.

Mosén JOSÉ M.^a DORCA

Fuimos compañeros de internado en el Seminario gerundense, en aquellos lejanos días en que dicho internado abarcaba solamente los dos últimos años de la carrera eclesiástica.

Bajito, inquieto, optimista... Le recuerdo saliendo de la celda, cafetera en mano, a ofrecerme una taza de café humeante... Entre sorbo y sorbo de café, intercambio de impresiones, de proyectos, de ilusiones juveniles...

—“Que saps si ja ha sortit el veredict de Jocs Florals?” Esto, al aproximarse las Ferias y Fiestas de San Narciso. Porque José M.^a Dorca tenía aficiones y aptitudes literarias: era también poeta.

No pertenecíamos al mismo curso, pero las aficiones literarias de ambos habían borrado la pequeña diferencia que separa dos cursos.

Sacerdotes ya, cada cual había seguido su camino y nos habíamos encontrado escasamente...

Después de la revolución de 1936, nos habíamos visto tan sólo dos o tres veces y aún de una manera fugaz.

Unos meses antes de morir, le felicitaba por una poesía que acababa de publicar en “VIDA CATOLICA”, y él correspondía a mi felicitación con una “acción de gracias”. Escribía: “Ja ho veus... A la vejez, ciruelas...” Aludía a su reaparición en el estadio de la poesía, al cabo de años de ausencia.

“A la vejez...” me parecía una frase exagerada. ¿Qué presentimientos sombríos entrañaba esta frase en sus labios, en aquellos momentos?

“A la vejez...” Y no llegaba a viejo.

* * *

Mosén José Ma. Dorca González nació en Olot el 21 de septiembre de 1903; fue ordenado sacerdote en 29 de junio de 1927, y murió, en Gerona, en 20 de diciembre de 1957.

La personalidad de Mn. Dorca era polifacética. Pedagogo, orador, periodista, poeta... Era de la “pasta” de un Mosén Agustín Burgas, también polifacético: de los que lo mismo pue-



den componer un soneto de encargo, que hilvanar un artículo intrascendente, a vuela pluma, que pronunciar un sermón o una conferencia... Era de los que esgrimieron sus primeras armas literarias en la revista "Labor", de nuestra Congregación Mariana, periódico bilingüe que alimentó la llama de tantos ideales juveniles.

Junto con la carrera eclesiástica, cursó el Magisterio, en cuya profesión llegó a desempeñar el cargo de Inspector de Primera Enseñanza.

Colaboró en diversos periódicos comarcales, principalmente en periódicos de Olot y de Gerona, y, en esta ciudad, desempeñó, durante algún tiempo, la dirección de VIDA CATOLICA, a la que dotó de especial interés.

Mn. Dorca era un poeta: no porque supiera versificar —no era un simple "versaire"—, sino porque "sentía" y era capaz de dar forma literaria, en verso o en prosa, a lo que sentía.

Pero el orador, el periodista y el pedagogo relegaron al poeta al último término, y esto que crecieron y vivieron un poco a sus expensas.

Ninguna antología lírica le ha catalogado como poeta, pero un pequeño florilegio de su escasa producción poética sería suficiente para poner de relieve las posibilidades de su lira, prematuramente abandonada. Una dificultad habría tenido que vencer: la excesiva facilidad; la excesiva "vena" periodística y oratoria, que, de no ser bien administrada puede conducir a un barroquismo declamatorio, del que tanto se alejaron las corrientes novecentistas de la mejor época de nuestra formación literaria.

"A la vejez..." —nos persigue su citada expresión— volvió a hacer incursiones esporádicas, en el campo de la poesía. ¿Serían simples expansiones de su sensibilidad artística? No sé: lo que sí puedo asegurar es que a la "vejez" del poeta, la poesía no había envejecido; había conservado su primitivo frescor... El poeta se había "plantado". Para él no habían corrido los años. Los defectos que podían contener las composiciones posteriores del poeta renaciente, venían compensados por esa gracia juvenil recuperada, o no perdida.

Dan fe de esto dos composiciones que recuerdo de sus últimos tiempos: una, publicada en VIDA CATOLICA; otra, en el volumen de los Juegos Florales celebrados en Olot el año 1949, en cuyo certamen le había sido galardonada. Antes de redactar estas notas biográficas, he releído dichas composiciones con la misma emoción con qué, años atrás, leyera las composiciones juveniles que José Ma. Dorca —el futuro "Mossèn"— me daba a conocer en un rincón de celda del Seminario de Gerona: con la misma emoción, pero con una indecible nostalgia. Estas composiciones, de tema religioso, más concretamente mariano, sabían, en mis labios, a plegaria.

Pare ANTON MARIA DE BARCELONA

La óptima amistad con que me había distinguido el docto capuchino, insigne polígrafo, maestro entre maestros de oratoria sagrada. Pare Anton María de Barcelona —así era popularmente conocido—, podría calificarla de honrosa excepción, dadas las muchas diferencias que nos separaban, principalmente la muy considerable de la edad.

El P. Antón M.^o de Barcelona, en el siglo, José M.^o de Galdácano y Meliá, aunque barcelonés hasta la médula —había nacido en la ciudad condal el 12 de Enero de 1889—, era hijo de padres vascos, como ya sus mismos apellidos lo indican.

Nos conocimos en casa del común amigo don Mariano Vinyas, gerente de la compañía del ferrocarril "San Feliu de Guíxols-Gerona". Ambos se amaban entrañablemente. Recuerdo una anécdota que revela la sinceridad con que este ilustre capuchino trataba a los amigos, hasta los más, socialmente encumbrados. Nos encontrábamos en casa de dicho común amigo... En el calor de la conversación, el Sr. Vinyas hacía alardes de catolicismo —en realidad era un ferviente católico—, y el P. Antón le dijo, medio sonriente: "Bé, Mariano, i si el carrilet no t'anés bé, és que també series tan catòlic? perquè ésser catòlic no vol dir solament portar una bandera a la processó, sino i encara molt més, saber portar la propia creu". Don Mariano quedó unos momentos reflexivo y dijo: "Pare Antón, no hi havia pensat mai en això; no ho oblidaré mai més".

Raras veces los grandes oradores son igualmente grandes escritores, pero en el P. Antón las cualidades de orador y de escritor estaban a la par, y es que el orador hablaba en público casi como si dictara a una mecanógrafa —salvo los altibajos de un discreto calor persuasivo—, y sus discursos, taquigrafiados, podrían haber ido directamente a la imprenta, casi sin retoques. Estas cualidades hacían de él un gran "causeur".

No se podría hacer una historia de la literatura religiosa de la primera mitad de este siglo en Cataluña, prescindiendo de la figura de este insigne capuchino.

Era de aquellos hombres a los cuales les *sobra talento y amor a las letras para expresarse literariamente en varias lenguas*. Las letras castellanas y las italianas podrían disputárselo, con orgullo, porque en ellas escribía casi con igual soltura.

Se había interesado siempre por mi producción poética y me había dado muestras de seguirla con interés. Le soy deudor de una muy fiel y elegante traducción al italiano de mi "Himne aux nouveaux martyrs", que forma parte de mi libro "L'enfer sur la terre et Dieu partout", prologado por Pierre l'Ermite, himno que el P. Antón me dio la agradable sorpresa de incorporar a su libro en italiano "Martiri della Rivoluzione Marxista nella Spagna". Si me dijeran que traducción prefiero, esta del P. Antón o la del Padre Jesuíta, ilustre poeta, Juan B. Bertrán, traductor al italiano de dicho libro mío, me quedaría perplejo, sin saber cual escoger. Además, cotejándolas, uno diría que son del mismo traductor.

Voy a escribir unas notas bibliográficas de la personalidad literaria del insigne seguidor de San Francisco, con el temor de darlas incompletas.

Publicó: "El Cardenal Vives y Tutó", biografía del ilustre cardenal catalán, del cual el P. Antón había sido discípulo predilecto; "La segona Ordre Franciscana de Monges Clarisses"; "Santa Inés de Asís"; "Apéndices a la Historia de la Filosofía de Vulf"; "Contribución al estudio de la Filosofía de F. X. Llorens y Barba"; "Brevisima Reseña Histórica de la Orden Franciscana"; "Els Escrits autèntics del Pare Sant Francesc"; "El sentiment franciscà de la Passió"; "Llibre del Terç Arde"; "Manuale Pii Missionarii"; "Vida de Sant Francesc d'Assís"; "L'Església Catòlica i el Pancristianisme"; "L'acció de l'Església en la pacificació dels pobles"; "Novenari a Sant Antoni de Pàdua"; "Los Bárbaros en las puertas de Bizancio"; "La tragedia

della Spagna”; “Martiri della Rivoluzione dei 1936 nella Catalogna” (en colaboración con el periodista Juan Costa y Deu); “Martiri della Rivoluzione Marxista nella Spagna” (ampliación del anterior); “Diario espiritual de María Luisa M. y P.”, terciaria franciscana...

Fue un miembro activo de la “Fundació Bíblica Catalana”, en la que publicó las versiones de los textos originales del Pentateuco, Job, Proverbios, Eclesiastés, de los Cuatro Evangelios, de los Actos de los Apóstoles y de la Carta a los Romanos.

Ultimamente había publicado la traducción del “Tratado del Purgatorio”, de Santa Catalina Fieschi de Génova, y había recogido una serie de artículos en un pequeño volumen titulado “Collationes”.

De su temperamento polifacético y humanísimo da idea una anécdota muy poco conocida. Cuando Mussolini se lanzó a su célebre “campana del trigo”, convocó un magno certamen de trabajos sobre este tema. El P. Antón, que entonces se encontraba en Italia, se encerró en una biblioteca y se puso a estudiar Agricultura. Concurrió al Certamen, con un documentado trabajo, y le salió premiado. Causó una gran sensación que un extranjero, no especializado en la materia y escribiendo en lengua que no era la suya, hubiera obtenido tan señalada distinción. Asistió a la fiesta a recoger el premio de manos del propio Mussolini, que la presidía. Después, como los demás premiados, tuvo que quedarse en el estrado. Mussolini vio que el capuchino barcelonés tomaba rapé, más de una vez, durante la fiesta. Al salir, Mussolini le invitó a tomar rapé de su cajita y se la regaló como recuerdo. El P. Antón que, convencido demócrata, no simpatizaba con la doctrina totalitaria del Jefe del Gobierno Italiano, quedó encandilado —lo que puede la gentileza de un gesto— y enseñaba, siempre que venía a cuento, el obsequio de Mussolini.

En 1945, residente en Manresa y formando parte de la Comisión Oficial de Homenaje a Mn. Jacinto Verdaguer, en conmemoración del Centenario de su nacimiento, me invitó, en nombre de dicha comisión, a tomar parte en un ciclo de conferencias, a cargo de diversos escritores, en la Biblioteca Popular de la Diputación, de aquella localidad. Mi conferencia, “Pels deixebles al Mestre”, versó sobre escritores que habían conocido y tratado a Verdaguer. Circunstancias especiales, extraliterarias, favorecieron el éxito popular de mi conferencia. Esto —unido al afecto que me profesaba— le empujó a invitarme, en nombre de la Comunidad de Capuchinos de Manresa, a predicar el sermón del día de la Fiesta de San Francisco de Asís de aquel año, en la iglesia de aquella residencia capuchina. Le objeté que yo no era ningún orador de cartel, ni mucho menos, y que me parecía imperdonable atrevimiento hablar de San Francisco delante de insignes seguidores del gran Santo de Asís. Me vi obligado a complacerle, al objetar él, reiteradamente, que encontraba muy adecuado que un sacerdote poeta hablara de un Santo, también poeta, y que, en el día de su Santo Patrón, los Capuchinos gustaban de “hacer fiesta” y escuchar, sin preocupaciones, el panegírico de San Francisco, de boca de un religioso de otra Congregación o de algún sacerdote secular.

En 1947 nos encontramos compañeros de Jurado del Certamen Conmemorativo de la fundación del Colegio de R. R. M. Escolapias en Sabadell, en cuya fiesta él, como Presidente del Jurado, pronunció un interesante discurso. Por cierto que, en dicha Comunidad Escolapia, trabajó, largos años, su hermana, la Madre Gonzaga, mujer dotada de una gran entereza de carácter y de una sólida cultura, nada común entre las religiosas de su época.

El Pare Antón Ma. de Barcelona era un hombre de trato exquisito, con un no muy corriente señorío de espíritu, sin empaques ni actitudes distanciantes; amigos, sin distinción de edades ni de categorías sociales; todo un capuchino.

En sus cartas, uno no sabe que admirar más: si la sinceridad o la frase bien cortada, casi lapidaria, hija de la misma sinceridad. Murió en 20 de junio de 1953, en el Convento de P. P. Capuchinos de Sarriá, de Barcelona.